

por la mayoría, supuesta o real, multitud de descontentos pide que se la reforme, que se la modifique, y lo pide precisamente a los que la han redactado, votado y promulgado. Hágase o no la reforma, el caso es que la mayoría o sus representantes

se han equivocado, que se equivocan todos los días. Y es siempre a la una o a los otros a quienes se pide que deshagan un error que no tienen por tal.

R. Mella.

(Continuará).

Nobles, doctores y aldeanos

Probaremos antes qué tal cavan los duques y los sabios la tierra, y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.

* * *

Para celebrar la entrada de un nuevo siglo, quiso el rey dar una gran fiesta. Mandó a contratar músicos que tocasen escogidos bailes, adornar espléndidamente los salones de su palacio y preparar en un amplio corredor un opíparo festín, compuesto de los más ricos manjares.

—Quiero—dijo a sus criados—que disfruten de la fiesta lo más posible. Permitid, pues, la entrada en mi palacio, no sólo a mis nobles, sino también a todos los doctores, sabios y demás hombres útiles de mi reino.

Vestidos con sus mejores prendas acudieron los hombres más ilustres de la nación, acompañados de sus esposas, príncipes, duques, marqueses y barones, licenciados en todas las ciencias, catedráticos de todas las Facultades y altos empleados de todas las oficinas.

¡Deslumbrante fiesta! La luz de mil lámparas centelleaba en los brillantes y topacios que lucían en el peinado muchas hermosas mujeres, y arrancaba de sedas y brocados destellos de múltiples colores. Llenaban el aire delicadas armonías.

Un pastor, un labrador y un molinero pasaron cerca del palacio, y, al oír la música, decidieron tomar parte en la fiesta.

Iban con sus mejores trajes, porque era domingo; pero, a pesar de

ello, cuando estaban ya a las puertas del gran salón, detuviéronles los criados.

—No podemos dejaros pasar—les dijeron.

—Pues ¿quiénes son los que hay dentro?—preguntaron los aldeanos.

—Los nobles y los hombres de ciencia y demás de reconocida utilidad en el reino.

—¿Quién nos ganará a útiles?—contestaron los tres compañeros.

—Pues no entraréis.

—Pues entraremos.

Y tal fué el alboroto que armaron, que el rey quiso enterarse personalmente de lo que ocurría, y cuando fueron los aldeanos llevados a su presencia, les dijo:

—¿Cómo os atrevéis a querer tomar parte en esta fiesta con esos trajes?

—Señor, no tenemos otros. Pero ¿dejaríamos de ser los que somos si nos vistiéramos de otra manera?—repuso el molinero, que era el más atrevido.

—¿Pretenderéis ser iguales a las gentes que tengo aquí reunidas?—gritó el rey.

—¿Por qué no?—replicó el labrador.

—Parecéis atrevidos. ¿No habrá entre tantos—exclamó el rey—quien convenza a estos simples de que éste no es su puesto?

Un príncipe se adelantó y dijo a los aldeanos:

—Somos nobles.

—¿Y por qué lo sois?—preguntó el pastor.

—Porque nacimos tales. Nuestra